

LA CRUZ DEL SUR

Hoy mientras caminaba por la calle a oscuras y con la resignación de perderte auestas, hacía un recuento de todo lo que habíamos vivido, por todos esos ríos de la vida que habíamos navegado, y muchas veces sin saber cómo hacerlo. Pero estaba en nosotros todo aquello importante que nos había permitido querernos del modo en que nos quisimos. Y fue así, de a poco, de a mucho, acompañándonos, abrazándonos, llevándonos de a tirones suaves en los brazos, agarrados de la mano, pero siempre al costado, uno cerca del otro. Con defectos, con virtudes, con errores, con aciertos, y siempre mirándonos de frente, a los ojos, directo en las pupilas.

Así éramos, dos mirando para el mismo lado, para el mismo sur. O para la dirección que sea. Y si alguno de nosotros se quedaba atrás era para sostener, y si el otro estaba adelante era para ayudar a tirar. Y así fuimos construyendo nuestro propio mundo donde queríamos estar. Donde nos encontrábamos y encontrábamos certezas a pesar de las dudas. Pero las dudas servían. Todo servía, para querernos un poco más. Encontrábamos siempre excusas para querernos un poco más.

Excusas que se fueron diluyendo, como se diluye la sal, como se diluye la arena entre los dedos, como aparecen las frases hechas, baratas, con gusto a suplicio. Con sabor a amargura innecesaria, pero imposible de erradicar. Qué difícil es erradicar esas dolencias que maltratan el alma. Qué difícil... quién pudiera sacar de cuajo todo eso.

Mientras caminaba, pensaba qué difícil va ser cerrar todas puertas que fuimos abriendo, que fuimos construyendo. Nuevas llaves a viejos cerrojos. Puertas impenetrables, que nos permitieron el paso. Forzando cerrojos comidos por el oxido de la vida misma y su transcurrir.

Mientras iba con tranco lento, con parsimonia a ningún sitio, no podía dejar de sentir cómo el corazón se iba paralizando, por donde solo corría sangre de manera mecánica pero sin demasiado ritmo. Cuando falta la sangre en el cuerpo el dolor se hace inaguantable. Aunque se aguante el dolor físico pero no el dolor que sale de las entrañas, de las vísceras, de los músculos y de los órganos.

Me senté en la plaza y todo seguía a oscuras. La ciudad a oscuras. Un mundo sin vos a oscuras. Y me senté, y traté de entender qué nos había pasado. Y por más que quisiera y por más que pudiera, no había manera de entendernos ni de entender qué nos había pasado. Fue como si algo lo cambió todo y nosotros sin saber qué hacer. Empantanados en medio de las nostalgias y de las alegrías. Atravesados por una vida cotidiana de dulces momentos y a veces de fustigadas sensaciones de asfixia. Pero la

vida que buscábamos funcionaba sobre dos ruedas, haciendo equilibrio con precauciones y destellos.

Lo difícil será lo que viene. Resistir al olvido, como si fuéramos partes que podríamos juntar en algún momento. Partes de recuerdos, partes de silencios, llenos de nostalgias. Lleno de mares amargos. Y siempre emergés del recuerdo como una fogata, como un sueño, como un remanso de quimeras blancas, de flores que perfuman el aire, de silencios que racionan lo etéreo de la vida en la que me encuentro. Emergés y te quedás así, callada, mirándome desde lejos, evitándome mirar fijo a los ojos, sin más rencores que los del tiempo.

Estás así, quieta, linda, preciosa, desalmada, loca, abrumada, fastidiosa, inoportuna, temerosa, pulcra, vital, estruendosa. Reís en tus carcajadas y contagiás al mundo. Llorás y el mar pierde su belleza en ese mismo instante. La tristeza la sentís a fuego, las alegrías que sentís vuelan con vos como barriletes en pleno viento.

Cuánto tiempo pasó desde aquellos veranos donde supimos encontrarnos y sonreír abrazados, y a veces también llorar, por el dolor que nos ocasionaba que todo lo planeado tomaba otras formas y se hacía cuesta arriba enderezar ese destino. Supimos de alegrías y de tristezas. Estuvimos cuántas noches mirando el cielo, contando estrellas, mirándonos a los ojos, sonriendo sin penas.

Diez años, como si dijera diez minutos, diez horas, diez días, diez semanas. Pero todo el tiempo puesto en un empeño innecesario, impúdico, lastimosamente previsto en el corazón para cometer los mismos errores siempre. Errores que por cierto sabía que no debía cometer, pero no había aprendido a vivir de otro modo. En cada error, en la elección de esa mujer amada, la cabeza se reventaba contra la pared. Sangre, estupor, dolor, espuma en borbotones por todos lados. Luego, como podía, acomodarme del daño y volvía a empezar, para volver a la misma circunstancia.

Antes de vos, mi vida era como ir por una avenida a contramano con los temores de aprender a manejar, pero no haciendo caso de las distintas señales que decían que iba mal, en camino contrario a todo lo que quería y a donde quería llegar. Un fanático contra la embestida que dejaba destrozada el alma. Un recalcitrante optimista con las ventanas cerradas al mundo. Un déspota de mi propio silencio, de mi propia tolerancia, de esa infinita habilidad para no aprender ni siquiera un poco.

Flores que me perturban en su aroma. Mordés de mi silencio sin dejarme correr por un ocaso incensario. Memoria de león que discapacitaron en un circo y ya nunca más pudo volver a la selva a ser libre como le gustaba ser. Un viaje a mundos desconocidos donde no existen primaveras. Labios que muerden como un perro rabioso. Vientos que soplan penurias, ruinas que se descascaran inevitablemente.

Y mirábamos la Cruz de Sur, o alguna estrella fugaz, los tres deseos que solíamos pedir -aunque yo no creyera en esa magia, igual lo hacía-. Nosotros intentábamos ser felices y de a ratos lo conseguíamos, y también creíamos que podíamos vivir en un mundo mejor, aunque fueran solo esperanzas. Cuando nos abrazábamos eso era posible, cuando dejamos de estar en la vida del otro, todo se hizo más difícil, incluso las esperanzas en ese mundo mejor. Y nosotros lejos de nosotros mismos y vos muerta sin mí.